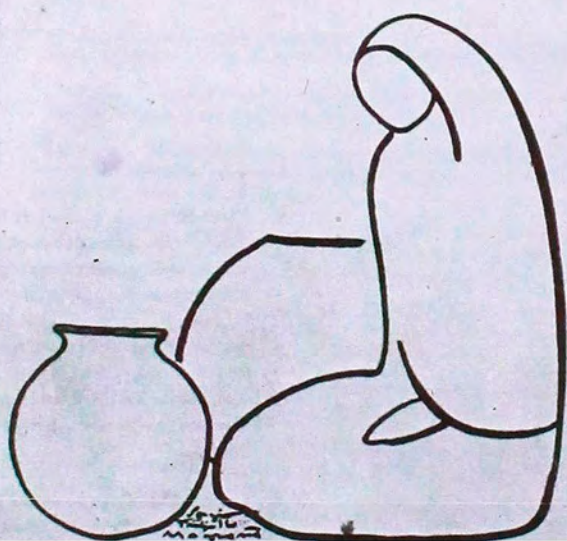


REVISTA DE LAS INDIAS

1

OBSEQUIO DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL DE BOGOTÁ



MINISTERIO
DE
EDUCACION
NACIONAL
BOGOTÁ

Primera cubierta de la revista publicada en 1936. El formato de 21 x 28 cm se conservó por espacio de tres años.

Revista de las Indias, un proyecto de ampliación de fronteras

MANUEL RESTREPO

Profesor asociado, departamento de sociología, Universidad de Antioquia

Trabajo fotográfico: Mario Rivera

PARA QUE LA MEMORIA no nos traicione o para evitar que se cumpla la implacable sentencia de que “todo va desvaneciéndose en el olvido”, ha llegado una invitación a contar una “historia de historias” de la Revista de las Indias.

En el mes de julio de 1936 apareció el primer número de esta publicación colombiana que venía a sustituir a la revista Senderos, dirigida por Daniel Samper Ortega, que funcionó como órgano de la Biblioteca Nacional. “La aparición de esta revista de extensión cultural como órgano del ministerio de Educación obedece a un plan premeditado de un programa de difusión lo suficientemente extenso y elástico para permitir metodizadas realizaciones que se van cumpliendo con calculada precisión”. Corrían los tiempos del régimen de la Revolución en Marcha, que pretendía sacar a Colombia de ese “letargo señorial” que obstaculizaba el avance de las relaciones sociales hacia la modernización. La reforma de la Universidad Nacional, la creación de la Escuela Normal Superior y la llegada de un considerable grupo de intelectuales extranjeros formaban parte del ambiente de transformación cultural impulsado por el presidente López Pumarejo, ambiente del cual la revista era una muestra.

El escritor Arcadio Dulcey fue su primer director. Otros hombres de letras, como Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, Abel Naranjo Villegas, José María Vivas Balcázar, Darío Achury Valenzuela y Jaime Vélez Sáenz, figuraron posteriormente en su dirección.

Entre 1936 y 1938 transcurrió su primera etapa, adscrita al ministerio de Educación, pero a partir de 1938 en la revista se opera un cambio importantísimo: su internacionalización (1938-1951).

VISIONES DE AMERICA LATINA

Una América Latina cambiante, convulsionada, difícil de percibir, fue el marco en el que se desenvolvió la vida de la Revista de las Indias (1936-1950). Durante ese tiempo, gran variedad de procesos políticos, matizados por diversas fuerzas sociales que los conducían, hicieron de las naciones-estados de América Latina lugares en donde se conjugaron la diversidad y el contraste.

Era una época de rebeldía, de represión, de silencio y de gritos de libertad. Podría pensarse que los cambios políticos y sociales, entre ellos la aparición

del populismo en América Latina, se reflejaron en la revista, pero, en verdad, ésta siempre evitó comprometerse con aquellos procesos que señalaban de mil maneras el “tránsito de fin de vida” a “tiempo de historia”, como ya lo habían propuesto dos grandes de América: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

En 1938, con motivo de la celebración del cuarto centenario de la fundación de Bogotá, se celebró la reunión de escritores españoles y americanos de la cual salió la reorganización de *Revista de las Indias*, con un comité de dirección de lujo que reunía personalidades de la cultura ibérica y latinoamericana; cambiando su carácter, pasó de ser una revista nacional auspiciada por el ministerio de Educación a constituirse en órgano internacional de escritores hispanoamericanos. Entre los fundadores de esta segunda etapa de la revista están: Pablo Abril de Vivero (Perú), Eduardo Carranza (Colombia), Benjamín Carrión (Ecuador), José Cuatrecasas (España), Alfredo Coester (Estados Unidos), Nicolás Delgado (Ecuador), José Jiménez Borja (Perú), Curt Longe (Uruguay), Mariano Latorre (Chile), Arturo Manasés (Uruguay), Gustavo Adolfo Otero (Bolivia), José María Ots Capdequí (España), Daniel Samper Ortega (Colombia), Joaquín Tamayo (Colombia), Luis de Zulueta (España), entre quienes se escogió su comité de redacción.

Con una extensa lista de colaboradores internacionales, *Revista de las Indias* intentó mostrar variadas formas de mirar a Latinoamérica a través de su poesía, su ficción, su crítica y su avance científico; en fin, de ilustrar una América como “una y múltiple”. Lamentablemente, la otra cara de la moneda mostró que un equipo tan calificado como el que tuvo la dirección de la revista no logró crear conciencia sobre esa “gran utopía intelectual” que tiene como mira la preocupación por la expresión cultural latinoamericana. Algunos de sus colaboradores trataron el tema desde un discurso oficial que convertía en razón de Estado todo fenómeno cultural. Otros se plantearon el problema de nuestra cultura en razón de un “modo de ser” que debía imitar el pensamiento anglosajón del que se derivó el “American way of life”. Véase, por ejemplo, el ensayo del panameño Octavio Méndez Pereira, “Americanos del sur y americanos del norte”, publicado en la revista en 1939. Estos discursos no alcanzaron eco en las comunidades literarias y científicas, pero tampoco lograron conformar un proyecto sustitutivo.

Como resultado de ello, la revista dio poca cuenta de los procesos políticos y sociales que obstaculizaban la producción intelectual, y mucho menos promovió esa solidaridad que tanto predicó uno de los grandes impulsores contemporáneos de la idea de “identidad”, como fue el mexicano Leopoldo Zea; otra razón para pensar que la revista reflejó durante su vida una América Latina dividida. Lo lamentable del asunto fue que, frente a esa innegable y vigorosa tarea de organizar una extensa red de colaboradores internacionales de gran calidad, muy escasos fueron los frutos que se recogieron, en el sentido de dar respuesta a las grandes preguntas sobre el destino de este continente, o al menos de crear corrientes sobre ellas. Por ello hemos situado esta experiencia cultural como un momento de transición hacia “un tiempo de historia” que ha tardado mucho en consolidarse en América Latina.

Para 1938 la revista contaba con un comité de redacción del que formaban parte Baldomero Sanín Cano (Colombia), Luis de Zulueta (España), Tomás Rueda Vargas (Colombia), Benjamín Carrión (Ecuador), Pablo Abril de Vivero (Perú), y como director actuó Germán Arciniegas. Este último plantearía en la reunión de intelectuales latinoamericanos convocada por la Comisión

Cubana de Cooperación Intelectual en La Habana, en 1941, las tesis americanistas que inspiraban la revista: libertad, democracia, justicia social y un ideal que cada día empezaba a ser más claro: el sentimiento de universalidad en la producción intelectual latinoamericana. Con esos principios se pensaba reunir en equipo a los intelectuales de las muchas Américas: la del Atlántico y la del Pacífico, la indígena y la española, la del sur y la del norte.

De cualquier modo, este esfuerzo por universalizar progresivamente la cultura latinoamericana hizo funcionar los mecanismos más evidentes y próximos para lograrlos: traducciones de literatura extranjera, corresponsalías en todos los países, reseñas informativas, trabajos históricos, ensayos y organización de eventos conmemorativos.

La lectura de esta publicación permite apreciar el liderazgo de un núcleo de la intelectualidad colombiana, factor positivo en su intención, pero decididamente negativo en su resultado, porque permitió permear la revista con los vicios seculares de una tolerancia equivocada, que a nombre de un mal entendido “pensamiento liberalizante” no permitió desenmascarar a los “figurones de una literatura del mimetismo y la imitación” que conducían a los caminos de siempre, al historiador de “legajos canónicos y jurídicos”, al “ensayista florido” pero sin contenido, a los “poetas de veladas escolares” y a los críticos que, en suma, seguían satisfaciendo las “necesidades ornamentales del retroprogresismo”. Por eso no sería exagerado decir que de las cenizas de la Revista de las Indias nació otro proyecto que evitó toda costa repetir estos errores y puso todo su empeño en mejorar sus aciertos: la revista Mito.

En Mito colaborarían muchos de los que en Revista de las Indias habían pasado la gran prueba de colocar “el peso del pasado en la lejanía y abrir las puertas a la voluntad del futuro”. Porque es bueno recordar que Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Eduardo Zalamea Borda, Hernando Téllez y Pedro Gómez Valderrama también transitaron el camino “de las Indias”.

DE LAS HUELLAS DEL EXILIO A OTRAS MAS...

Revista de las Indias contiene en las páginas de sus numerosos volúmenes (1936-1951) las huellas del exilio de muchos refugiados republicanos españoles desplazados por la guerra civil y sus secuelas represivas, como también las de los afectados por la cruenta persecución fascista que tuvo como marco la segunda guerra mundial. Estas huellas del exilio quedaron perpetuadas en hechos muy significativos para la historia cultural latinoamericana, en especial la mexicana y la colombiana. Los gobiernos de Lázaro Cárdenas y Alfonso López Pumarejo dieron albergue intelectual a profesionales de todas las ramas del saber, académicos y artistas, que habían sido fustigados por la intolerancia y la barbarie.

No hay duda de que, gracias a estos proyectos, se arraigó en México y en Colombia lo mejor de la cultura española y en general de la cultura europea. Infortunadamente, hay que admitirlo, el resultado en cada uno de estos países fue diferente. En México, la llegada de los refugiados españoles estuvo enmarcada en un proyecto cultural pensado por Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, al concentrar todos los esfuerzos para fundar la Casa de España, institución que albergó a dichos intelectuales y que posteriormente, en 1940, se transformó en el actual Colegio de México. En Colombia pudo haberse



En el número 3 de septiembre de 1936 se publica la poesía **Miedo** de Luis Tejada con una nota que dice: "Únicos versos conocidos del cronista".



En el número 6 de julio de 1937 esta ilustración abre el artículo de Guillermo Hernández de Alba "La Universidad en la Colonia".

repetido el mismo fenómeno con el florecimiento intelectual que tuvo su asiento en la Escuela Normal Superior, que va desde la rectoría del insigne maestro José Francisco Socarrás hasta la reforma que sufrió en 1955, época en que por decreto presidencial este centro de enseñanza se fraccionó. Así, en Colombia, se cerró el camino a un experimento pedagógico e investigativo tan importante como el que se dio en la Casa de España, y que hasta la fecha sigue produciendo excelentes reflexiones sobre el acontecer no sólo del país azteca, sino del continente.

Revista de las Indias llamó a colaborar en sus páginas a varios de estos inmigrantes que formaron parte de la Escuela Normal y de la Casa de España, entre los que se destacaron:

José María Ots Capdequí. Había sido decano de la facultad de ciencias jurídicas, políticas y económicas de la Universidad de Valencia y director del Centro de Estudios de la Historia de América de la Universidad de Sevilla. Su labor investigativa en Colombia se centró en la revisión de archivos, y de este trabajo se nutrieron muchos intelectuales que querían ser profesionales de la historia.

Entre los principales artículos que Ots Capdequí escribió para la Revista de las Indias están: "Sobre *Los comuneros* de Germán Arciniegas" (1938); "Algunas consideraciones en torno a la política económica y fiscal del Estado español en las Indias" (1939); "La regulación jurídica del gobierno entre España y las Indias y los mercantilistas españoles del siglo XVI" (1940); "Sobre las características que representó la implantación del régimen virreinal en el Nuevo Reino de Granada" (1944).

Además de actuar como colaborador, este ilustre personaje formó parte del comité editorial, función que desempeñó en compañía de otro compatriota suyo, el pedagogo *Luis de Zulueta*, igualmente profesor de la Escuela Normal y colaborador con la Casa de España. De Zulueta fue uno de los primeros intelectuales en reflexionar sobre la guerra y el destino de Europa; basta con



"Betty" de José Rodríguez Acevedo, reproducción de la revista núm. 4 de octubre a diciembre de 1936.

citar dos de sus artículos: "América frente a Europa" (1939) y "1940, un año decisivo" (1940).

Enrique Díez Canedo. Poeta, crítico de teatro en el periódico El Sol, de Madrid, y colaborador de la revista Tierra Firme. Entre sus colaboraciones para la Revista de las Indias podemos destacar: "De Goya a Picasso" y "Goya, iniciador del arte moderno" (1939); "De los espectáculos, el teatro y sus enemigos" (1940); su ensayo "Perfiles de sor Juana Inés de la Cruz" se convirtió en una verdadera joya de crítica literaria.

José Cuatrecasas. Este famoso botánico español fue también integrante del comité de redacción. Entre los artículos que publicó en la revista está "Colectivismo e individualismo", en el cual el científico incursiona en los campos de la filosofía política.

Joaquín Xirau. Filósofo, decano de la facultad de filosofía y letras de la Universidad de Barcelona, ofreció varias conferencias y escribió varios artículos para dicha publicación.

Entre las colaboraciones del insigne escritor mexicano Alfonso Reyes para la revista se destacaron: *Insomnios* (poema escrito en Río de Janeiro en 1939); una serie de crónicas bajo el título de "Crónicas anacrónicas", en que relata sus experiencias en París en 1924; "El reverso de mi último libro", en el que hace una reflexión sobre su obra. En 1944, antes de ganarse el premio que le otorgaría su patria, envió un curioso ensayo titulado "Sobre la fundación de las ciudades", en el cual hace gala de una profunda observación sociológica y filosófica que hoy envidiarían muchos urbanistas e historiadores.

La presencia de Alfonso Reyes en la revista sirvió para reafirmar algo que ese gran pensador consignó en su correspondencia con otro de los grandes de América: "¡Qué intensa y rara ha de aparecer nuestra vida a los que mañana se asomen a contemplarla con amor!".

Otros extranjeros, vinculados a la ya mencionada Escuela Normal Superior, también dejaron sus huellas en *Revista de las Indias*. De Alemania llegó un grupo de intelectuales del Instituto Carlos Marx, de Berlín, que había sostenido un novedoso programa dedicado a la formación de personal idóneo para la enseñanza secundaria, auspiciado por una fundación socialdemócrata. Entre ellos sobresalían Gerhard Massur y Fritz Karsen, quienes se convirtieron en colaboradores de la revista. Los artículos de Massur contribuyeron a difundir el pensamiento socialdemócrata en una serie de ensayos, presentados en varias entregas y que llevaban por título “Filosofía y política”; escritos en 1938. Su obra sobre Bolívar le dio un lugar muy destacado en la historiografía sobre el Libertador.

Por su parte, el gran pedagogo alemán Fritz Karsen contribuyó a abrir “el año preparatorio en la Universidad Nacional” y a difundir a través de la revista su concepción y sus aportes sobre la gran reforma universitaria de 1936. “Organización de la Ciudad Universitaria” (1937) es un interesante ensayo que registra su pensamiento pedagógico y su profundo conocimiento de planeación educativa; también escribió “Plan de una escuela moderna”, en donde señalaba su concepción de planificador de la enseñanza elemental.

Las colaboraciones de otro exiliado, igualmente vinculado a la Normal, Paul Rivet, en el campo de la antropología, fueron de gran importancia en la difusión de nuevas ideas en Colombia; ideas que también marcarían los rumbos prometedores en la búsqueda de nuestro pasado.

TIEMPOS DE GUERRA Y PREGUNTAS PARA LA PAZ

Observando el discurrir de esta historia, salta a la vista una inquietud: ¿cuáles fueron las reflexiones que la intelectualidad convocada por este órgano de difusión cultural pudo tener, en casi once años de existencia, sobre las guerras que le sirvieron de telón de fondo (guerra civil española —1936-1939— y segunda guerra mundial, 1939-1945)?

Las huellas del exilio que acompañaron la producción intelectual de muchos refugiados españoles, franceses y alemanes son de por sí un testimonio de estas guerras; ellas han quedado registradas en otros apartes de esta historia. El homenaje a García Lorca en marzo de 1937 fue también un triste recuerdo de la guerra en la península ibérica. Pero, a pesar de ello, hubo ausencia de reflexión sobre el conflicto español; sólo unos pocos comentarios de la dirección, sobre el desarrollo de la segunda guerra mundial, que siguió a la victoria de Franco, quedaron como constancia fugaz de esa época. Para el período comprendido entre septiembre de 1944 y abril de 1945 la revista quiso subsanar esta situación y publicó una serie de entrevistas a un grupo de intelectuales nacionales y extranjeros, que aparecieron en siete números consecutivos, en las que se pretendía señalar las consecuencias que para el mundo cultural traía la guerra. Se acercaba para esa época la victoria de las fuerzas aliadas, señalada con los desembarcos en Normandía y Provenza, la liberación de París en 1944, la ruptura del frente del Rin y la capitulación alemana en el año 1945. La pregunta sobre el destino intelectual de América parecería estar supeditado al siguiente interrogante: ¿permanecerán en Europa o cambiarán de sede los centros de nuestra cultura en la posguerra?

Los colombianos entrevistados fueron: Rafael Maya, Baldomero Sanín Cano, J. Rodríguez Páramo, Jorge Bayona Posada, Cayetano Betancur, José María Restrepo Millán, Francisco José González y Luis Vidales.

Lugares comunes y retórica fueron la nota más sobresaliente de sus respuestas. Sólo la voz de Baldomero Sanín Cano buscó otras explicaciones, acogiendo elementos de análisis como el uso de la lengua y la presencia de Estados Unidos como nuevo centro de poder. Al leer estas cortas declaraciones, el lector encontrará más de una razón para ver en Sanín Cano una de las pocas excepciones que en Colombia han tenido el propósito de “ampliar una mirada del mundo”.

El grupo de entrevistados españoles lo constituían: José Prat, Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), Pedro Salinas (1892-1951), Francisco Ayala (1906-). Sus respuestas cubrieron aspectos que mostraban la poca pertinencia o estrechez de la pregunta hecha por la revista, al señalar que los interrogantes deberían dirigirse a la relación poder-cultura, que el nuevo ordenamiento geopolítico iba a crear después de la guerra. Algunos de ellos señalaron que el problema de la modernidad exigía cuestionamientos de carácter más universal y ello planteaba otros interrogantes, más allá de lo que la encuesta consideraba como “centro de influencia”. Por ejemplo, Salinas, el poeta del amor, invitaba más bien a pensar en un proyecto cultural que necesitaría: organización de la educación superior, centros de investigación, bibliotecas, laboratorios y democratización de la cultura.

Si los tiempos de crisis que trajo la guerra sirvieron para que la dirección de la Revista de las Indias hiciera un sondeo sobre el destino futuro de la relación cultural entre el viejo continente y América, bien se podría deducir, por las respuestas del grupo colombiano, una notoria estrechez en el análisis que corresponde a dicha cuestión (que, por lo demás, se puede resumir en la pregunta por “nuestra expresión” cultural). Al evadir con la retórica cualquier posición xenofóbica o de perfil “cipayo”, se evadía también la posibilidad de un acercamiento novedoso a ese viejo problema de nuestra identidad y se mostraba la miopía del grupo de la intelectualidad colombiana, que gozaba de gran influencia en la dirección de la revista, contrastando con la mirada del grupo de extranjeros, que señalaba la necesidad de una generación de relevo que impulsara una vocación más objetiva en sus formulaciones y enfoques sobre la cultura latinoamericana.

DE LA RESEÑA A LA CRONICA Y DE LA CRONICA A LA CRITICA EN EL ARTE COLOMBIANO

Uno de los materiales más interesantes que ofrece Revista de las Indias es la colección de escritos sobre artes plásticas firmados por Walter Engel. En fecha reciente (10 de julio de 1988) el mencionado autor escribió un artículo para Lecturas Dominicales de El Tiempo, titulado “Remembranzas de un precursor. En los albores del arte nacional moderno”. Dicho artículo, escrito en estilo epistolar, sirve de pretexto para autorrescatar del olvido a quien justamente debe formar parte de la historia de la crítica en Colombia: “Si usted, señor director, es joven, mi nombre probablemente no le dice nada”, comenta Engel personalmente. En realidad, Engel fue pionero de la crítica en nuestro país. De nacionalidad austriaca, se radicó un tiempo como industrial en Bogotá. En 1942 se convirtió en colaborador permanente de la revista, y en 1944 de El



Segunda época: 1939. Cambia el formato y el diseño.



En 1944 nuevamente cambia la presentación de la revista. Núm. 68, agosto de 1944.

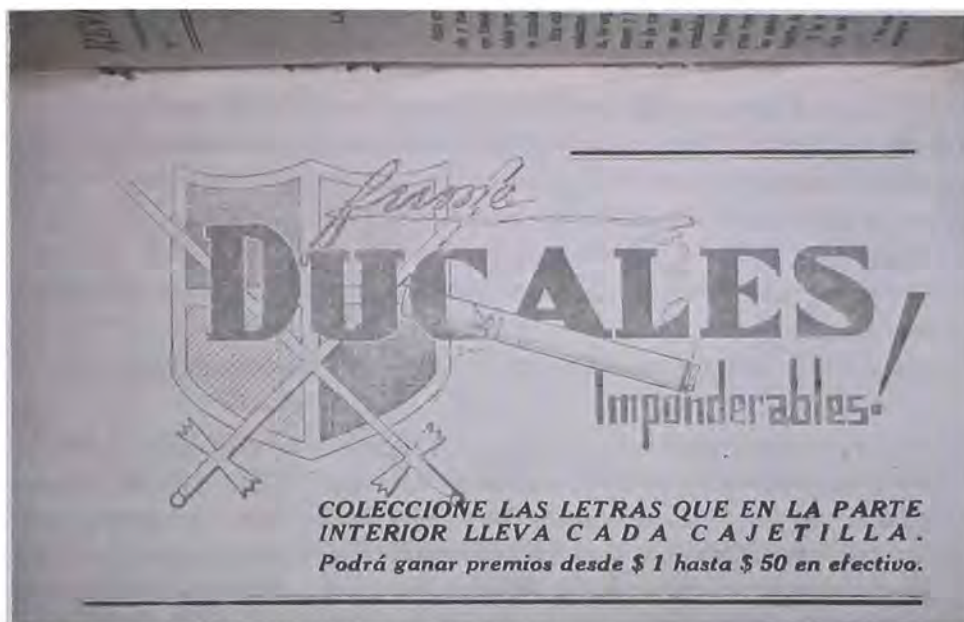
Tiempo. Para la primera escribió hasta 1950, y para El Tiempo hasta 1960, fecha en que la crítica de arte en Colombia, como lo expresó el mismo Engel, “quedaba en mejores manos que las mías, en manos de Marta Traba”.

Las primeras colaboraciones de Engel para la Revista de las Indias se podrían catalogar como meras reseñas del acontecer artístico en Bogotá. En ellas la obra del artista no era analizada en un contexto nacional o internacional o en una corriente específica. Las reseñas contenían algunas expresiones valorativas que hoy por hoy carecen de sentido, por estar descontextualizadas: “sonoro colorido” para referirse a la obra de Luis Alberto Acuña (1944), “buena fe y sinceridad” para destacar el trabajo del español Clemente Salazar Echeverría (1945).

Hacia 1944 las publicaciones de Engel van adquiriendo una personalidad propia: de la reseña se pasa a un intento de crónica a la que se le agrega un perfil biográfico del artista, referencias a las influencias, al medio, etc. Entre ellas cabe señalar las dedicadas a la labor pictórica de Ignacio Gómez Jaramillo y de Luis Alberto Acuña.

Los nombres de Wilhelm Egon Wiedemann y de Roko Matjacsí se mencionan en una crónica publicada en 1945 sobre artistas extranjeros residentes en Colombia. En esta publicación, Engel acompañaba sus apreciaciones de los artistas extranjeros con un intuitivo sentido de proyección de su propia experiencia en el trópico, que le sirvió para extraer nuevas formas de apreciación sobre los artistas colombianos y su medio.

A partir de esas experiencias y de un análisis detenido del V Salón de Artistas Colombianos, las colaboraciones de Engel sobre la vida artística colombiana adquieren el valor documental de presentar, en una perspectiva histórica, esa “idea” o “imagen” que a partir de 1945 se ha tenido en Colombia sobre los procesos de continuidad o ruptura en el arte, tanto por parte de los artistas



Propaganda que se publicaba en las contracubiertas de la revista.

como de la sociedad. Es interesante observar las primeras alusiones a nombres como Alejandro Obregón, quien, según el citado crítico, es “la representación de las interpretaciones objetivas y subjetivas”. Las categorías de objetivo y subjetivo utilizadas por el crítico encerraban más bien una actitud hacia la abstracción, basada en una concepción positivista sobre los procesos de creación artística y en una predilección “ortodoxa” hacia el arte figurativo.

La Exposición de Arte Contemporáneo del Hemisferio Occidental, realizada en Bogotá a finales de 1945 con participación de obras de José Clemente Orozco y Diego Rivera (México), de G. Bellows (Estados Unidos) y de Ignacio Gómez Jaramillo (Colombia) le sirvió a Engel para comparar el estado de nuestra plástica con la del resto del continente. A partir de esta exposición sus trabajos van mostrando mayor comprensión del fenómeno artístico nacional. En 1946, su actitud hacia el arte abstracto se había modificado, y llegó a decir que la obra de Edgar Negret era “interesante”. Este comentario ingenuo se vio confrontado, en 1947, con otro, escrito por Jorge Gaitán Durán para la misma revista, también sobre Negret, en el que se presentaba en forma solidaria la obra de este artista, como la manifestación generacional de la “realidad trágica de nuestro siglo”. Igualmente, el artículo destacaba un comentario sobre la obra de Eduardo Ramírez Villamizar, descrita por Gaitán Durán como “un arte concebido dentro de ciertas líneas, quizá algo abstracto, pero que no frenan su impulso lírico, fuerte aluvión trágico, tensión sanguínea y agonista”. Estos comentarios muestran un interés apasionado por las motivaciones de los jóvenes artistas que para el momento lanzaban nuevas propuestas estilísticas. La presencia de Jorge Gaitán Durán en *Revista de las Indias* y el pulso de sus comentarios mostraban otros rumbos a la crítica artística, salidas de la visión de un proyecto cultural más ambicioso que inspiró la fundación de Mito.

Un tipo de proyecto como ese, desgraciadamente, estaba ausente de la obra crítica de Walter Engel. Con el transcurrir del tiempo esta carencia se convertiría en gran limitante para su labor.

Al finalizar el decenio del cuarenta, la actividad artística en la capital empezaba a mostrar gran auge. Una inusitada expectativa en el mundo artístico es descrita por Engel para el año de 1948; se trataba de la Gran Exposición Interamericana de Pintura, que habría de celebrarse en el Palacio de Comunicaciones con motivo de la realización de la Conferencia Panamericana. Los graves sucesos del 9 de abril, que marcarían el comienzo de un sangriento proceso para Colombia, ocasionaron pérdidas irreparables para el arte, al ser incendiada la sede donde se iba a efectuar la exposición mencionada. El propio Walter Engel redactó una nota para Revista de las Indias titulada “Nuestra protesta”, en la que informaba sobre las pérdidas y las obras salvadas.

Paradójicamente, después de estos sucesos la producción artística colombiana cobró gran impulso, como si se tratara de exorcizar el recuerdo del famoso “bogotazo”, o como si el destino nacional tuviese que crear un interregno de sangre para anunciar el advenimiento de otra nueva época. Al multiplicarse el número de exposiciones, se abrieron las condiciones para un mercado de obras de arte (elementos apenas descritos por el personaje en mención); parecería que una nueva etapa se iniciaba en las relaciones sociales y económicas del país. Un año antes de estos sucesos se había inaugurado la Galería de Arte de la Avenida Jiménez. Este acontecimiento fue recibido en los medios artísticos con gran expectativa, pues, tal como lo señaló oportunamente Engel, “serviría de estímulo económico a los artistas”.

En 1948 el centro de la atención de nuestro personaje fue el llamado Salón de los 26, realizado en el Museo Nacional. La figura central de los 26 fue, según Engel, Alejandro Obregón. Al nombrar de nuevo a esta figura de la plástica nacional, el crítico reconoció haberse equivocado en el pasado, cuando lo había presentado como un artista “preocupado antes que todo en valores y efectos [...] meramente estéticos”, es decir, de un formalismo sin contenido. Al corregir su apreciación, reconoce que, además de preocupación estética, las realizaciones de Obregón son de “honda expresión humana”. De la lista de los 26 menciona también al ya consagrado Luis Alberto Acuña; a Enrique Grau, quien para ese momento, según el crítico, “abre el camino a la verdadera pintura” (antes había dicho que el valor de Grau estaba en su disposición para la ilustración y el dibujo); a Wiedemann, a quien califica como el artista “sometido a un proceso constante de renovación artística”; a Ignacio Gómez Jaramillo, para quien la nota de presentación es la de ser el gran maestro en el “equilibrio” entre todos los componentes del grupo; a Hernando Tejada, quien es destacado porque su obra está encaminada hacia una visión más amplia, “presente en el conjunto de su obra”; a Lucy Tejada, de quien dice que es portadora de una “gran sensibilidad” en la composición de su obra; a Edgar Negret, a cuya escultura reconoce un “ritmo casi pictórico en el uso del vacío”.

En este artículo escrito con motivo de la exposición de los 26, mostraba un acercamiento más emocional y maduro a la comprensión de las expresiones que comportaban “rupturas”, de muchas de las obras de los citados artistas; los trabajos de pintores como el caldense Alipio Jaramillo son mencionados por Engel, porque a través de ellos tienen la oportunidad de comentar las obras de artistas que “practicaban” un febril nacionalismo y que tenían como mentores a figuras como la del mexicano Siqueiros; con ello quería aportar al debate sobre estas tendencias y avanzar en su papel de crítico, que poco a poco se había ido alejando de las simples crónicas que escribió al principio.

Leyendo a Walter Engel no se deja de pensar que su labor de difusión del arte representó el comienzo de una actitud intelectual, no exenta de los riesgos que la crítica conlleva al intentar desterrar la mediocridad y valorar la verdadera creación, cuando se parte de un débil y borroso referente que contraste la gestión crítica con la producción realizada en el medio artístico concreto, sobre todo si se tiene en cuenta que a la revista que lo patrocinó le faltó visión para utilizar la potencialidad que ofrecía la red de colaboradores y la presencia de otros críticos en los países donde circulaba.

LA “NACION INDIGENA” Y UNA REVISTA LLAMADA “DE LAS INDIAS”

Teniendo como telón de fondo las corrientes que expresaban la literatura indigenista y el ambiente de reformas, como la Ley de Tierras, impulsadas durante la República Liberal, la Revista de las Indias acogió en sus páginas artículos que reproducían concepciones sobre este tema. Coincidió esto con el período que antecedió a los primeros trabajos antropológicos y etnológicos; para ese entonces la revista publicó artículos que preparaban el terreno para la profesionalización de saberes (cruzados por diversas opciones ideológicas y políticas) como la antropología, la arqueología y lo que pudiéramos llamar la etnohistoria.

La dirección de la revista seleccionó tímidamente algunos de estos trabajos; tímidamente, porque, haciendo un inventario del conjunto de colaboraciones sobre el tema, el lector encontrará que la “nación indígena” en Colombia y en el resto del continente era mostrada a través de ensayos arqueológicos (de gran valor científico), pero solamente desde un ámbito pretérito, cuidándose de guardar distancia con el llamado “indigenismo revolucionario”, tan en boga en el período mencionado.

Coincidentalmente, este “distanciamiento” fue similar al tratamiento que los gobiernos liberales que patrocinaron la revista le dieron al problema de la propiedad colectiva de los resguardos y que en los actos legislativos, como el 918 de 1944 y 809 de 1945, ordenaba su división en los territorios de Tierradentro.

Las enconadas polémicas sobre el tema no tuvieron cabida en la revista, lo que hace presumir una censura muy activa. Sin embargo, la producción científica de personajes como Gregorio Hernández de Alba encontró eco allí. La obra de este arqueólogo y etnólogo, miembro activo del bachuismo, que reivindicó el tema indígena en la literatura (*Cuentos de la Conquista*), tuvo el valor histórico de abrir un camino al conocimiento del mundo indígena, con su obra *Etnología guajira* (1936). Paul Rivet también colaboró en la revista, difundiendo sus tesis orientadas hacia la búsqueda de una nueva definición nacional y la revaloración del fenómeno del mestizaje.

Otro de los colaboradores fue el profesor José Pérez de Barradas, autor de los siguientes artículos: “Interpretaciones del mito chibcha” (1936); “Descubrimientos arqueológicos de Inza” (1936); “La máscara diosa de Inza” (1937); “Arqueología de San Agustín” (1938); todos ellos ilustrados con dibujos del propio autor.



Enero de 1945, en el diseño de las cubiertas empiezan a utilizarse los signos zodiacales.



Director Abel Naranjo Villegas, núm. 96, mayo de 1947.

La figura intelectual de Juan Friede es digna de mencionar en esta historia. En 1947 escribió para esta publicación un artículo con carácter casi premonitorio: “¿Puede y debe Colombia colonizar la selva?”. En él, el profesor Friede se adelanta a la odisea de Maqroll el Gaviero (el personaje de Alvaro Mutis que, en *La nieve del almirante*, descubre, en su viaje hacia la muerte, la lenta agonía de la selva y de los seres que habitan en ella), al empezar a estudiar los conflictos interétnicos ocasionados por la colonización del Amazonas.

Paralelamente a estas temáticas, en el decenio del cuarenta se empezaron a abordar asuntos del folclor, con la característica de aislarlos de una concepción histórica y precisa sobre la identidad y la nacionalidad. Como ejemplo de ello, merecen citarse los ensayos de Juan de Dios Arias sobre el folclor santandereano (1947), y los de Juan C. Hernández, sobre el folclor colombiano (1947).

Tal vez ese populismo de moda llevó a que Walter Engel, en una de sus crónicas sobre arte, reseñara la exposición de dibujos del indígena guambiano Francisco Tumiñá Pillimué, realizada en Bogotá, convirtiéndolo en el único ser real de esa “nación indígena” que tuvo presencia en la revista. Francisco “el que dibuja”, como posiblemente lo llamaron en su tribu, debió al menos sentirse acompañado con el recuerdo de sus antepasados, al leer que un antropólogo paisa había escrito un excelente artículo titulado “Los últimos hallazgos arqueológicos de San Agustín”. Con esta publicación, la ciencia empezaba a recorrer los caminos de los antepasados del guambiano, y Luis Duque Gómez a consagrarse como un gran estudioso sobre el tema.

Como un acto premonitorio, en el mismo año que cerró el ciclo de vida de la revista, Horacio Pérez Salazar escribió un texto titulado “Emancipación del indígena del resguardo”, que recogía el eco del llanto americano de tantos huasipungos que intentaban hacerse oír en una revista llamada de las Indias.

SALA DE ESPERA PARA SOCIOLOGOS, HISTORIADORES Y FILOSOFOS

Revista de las Indias fue uno de los medios que contribuyeron a la difusión, en Colombia, de un “pensamiento sociológico, filosófico e histórico” en una



Suplemento con poesías de Goethe y traducidas por Otto de Greiff publicado con el núm. 110.



Núm. 110 de julio a septiembre de 1949.

etapa inmediatamente anterior a la institucionalización de estas profesiones. El nombre de Germán Arciniegas ocupó un lugar destacado en ella con sus propios análisis o con las referencias que se hicieron a sus obras.

Hay un documento de gran valor, escrito para la Revista de las Indias en 1938, con motivo de la publicación de *Los comuneros* y firmado por el historiador español José María Ots C., que describe muy bien al lector ese diálogo entre el historiador profesional y un autor como Germán Arciniegas: “No se puede pedir a un escritor como Arciniegas que ponga sólo su pluma y talento al servicio de los trabajos historiográficos. Pero sí hay derecho a pedir, a quien tan elevadas pruebas tiene dadas de las magníficas cualidades como buen historiador, que sus tareas literarias y periodísticas no absorban demasiado su atención y le permitan seguir sus investigaciones en los archivos para que a *Los comuneros* sigan otras obras de historia escritas con la misma maestría que noblemente le hemos de envidiar muchos historiadores profesionales”.

Nadie podría negar que Arciniegas ha sido el primer escritor profesional que ha tenido Colombia de merecido prestigio internacional. Sin embargo, muchos de sus ensayos escritos para el período analizado y que él se obstinaba en llamar “sociólogos” mantuvieron la constante señalada por José María Ots C.

Entre los trabajos de carácter histórico y sociológico de esa época, merecen mencionarse: “Los guerrilleros del Tolima”, de Gonzalo París Lozano; “La revolución de los comuneros colombianos”, de Gustavo Samper; “El cura Santacruz”, de Sergio Elías Ortiz; todos ellos escritos en 1936. En 1938 Alberto Miramón escribió un sugestivo ensayo sobre Manuela Sáenz. Dos interesantes colaboraciones que hacían contrastar el método de exposición y el método de investigación con el de la narrativa histórica tradicional fueron “Ensayos sobre la evolución histórica de la propiedad en Cundinamarca”, de Guillermo Hernández de Alba, y “Significado histórico de 1850”. Estos mostraban directrices que habrían de marcar en Colombia nuevos enfoques sociológicos e históricos. Para el mismo año se publicaron también “Introducción a la historia de Colombia” de Luis Augusto Cuervo; “La Santa Inquisición y la

vida intelectual neogranadina” de Gustavo Otero Muñoz; “El nexo de España con Hispanoamérica” de Juan María Aguilar.

En 1942, Tulio Enrique Tascón publicó “Cuarenta años de historia”. “La misión de Bolívar en Londres-1810” tuvo como autor a quien seguía perfilándose como gran historiador y antropólogo: Guillermo Hernández de Alba; del mismo autor son las reflexiones “Las artes populares en Colombia” (1946).

En 1950 aparecieron otros artículos de carácter histórico, como “El arzobispo Mosquera” de Benjamín Iragorri; “Significado de las ideas de Bolívar y San Martín en el mundo moderno” de Indalecio Liévano Aguirre y “Colombia en la biografía del Libertador” de Manuel José Forero. Prevalecía en algunos de ellos la idea del perfil épico y heroico del acontecer histórico y sociológico, pero también se anunciaban las rupturas que empezaban a formular el papel protagónico que desde la literatura había consagrado Mariano Azuela en *Los de abajo*.

También la preocupación por una sociología profesional empezó a tener eco en la revista. Uno de esos llamados claves en favor de esta disciplina se dio cuando apareció el artículo de Luis Eduardo Nieto Arteta, escrito en 1940, “Salvador Camacho Roldán y Miguel Samper, precursores de la sociología americana”.

Sin embargo, desde 1937 ya se había publicado un extenso artículo de sociología, firmado por Carlos Jaramillo Borda, escrito para varias entregas, con el título de “Los valores y una teoría para ellos”. Por su bibliografía se veía que los clásicos europeos de la sociología ya habían sido traducidos en Colombia. Uno de esos autores extranjeros que expresaron su pensamiento sociológico fue Luis Recaséns Siches, nacido en Guatemala pero unido a la tradición cultural española por el origen de sus padres. Vinculado también a la Casa de España en México, sus artículos y conferencias tuvieron gran difusión en Colombia, especialmente sus disertaciones sobre “La sociedad y el derecho en la vida humana”. Tal como sucedió con la obra de este personaje, que casi borraba los límites entre el derecho, la filosofía y la sociología, aconteció con otros precursores de la sociología en Colombia que salieron de las escuelas de derecho, como serían los casos de la obra de Carlos Jaramillo Borda, Benigno Mantilla Pineda y Rafael Bernal Jiménez.

Si el discurso del derecho llegó a ser tan afín al discurso sociológico, lo mismo podría decirse del discurso del arte. Prueba de ello es la aparición en Revista de las Indias de ensayos como “Sociología del arte” de Francisco Ayala y “Sociología y estética en la obra de Goya” de Jaime Sánchez, ambos escritos en 1946. Todos estos valiosos registros se entrecruzaron para formar también la historia de Revista de las Indias y constituir una especie de sala de espera para los futuros sociólogos e historiadores.

Cayetano Betancur es un buen ejemplo de ese puente entre la sociología y la filosofía, tal como lo comprueba su obra *Sociología de la autenticidad y la simulación*, publicada en 1955. Las reflexiones de este intelectual lo llevaron a plantear el problema de las influencias en las diferentes ramas del saber en Colombia, especialmente de aquellas que, como antes se dijo, se encontraban en “sala de espera”. La obra de Betancur se nutrió del pensamiento de José Ortega y Gasset, y por influencia de éste llegó al estudio del pensamiento alemán; aunque, según los críticos, el acercamiento a la filosofía alemana por



Contracubierta del núm. 112 y cubierta del núm. 113 de 1950.

influencia de Ortega no llegó a tener en cuenta el “nuevo humanismo”, trayendo como resultados “una germanofilia aguada e imitadora”.

Sin embargo, hay una constante en la obra de Cayetano Betancur: su preocupación por el análisis de la cultura colombiana. De sus muchas colaboraciones para *Revista de las Indias*, se destacaba un ensayo que bien puede ilustrar no sólo las inquietudes del filósofo, sino también un interesante diagnóstico del ambiente cultural. Se trataba del artículo “Lo negativo en el estado actual de la cultura colombiana”, escrito en 1939. En él plasmó aspectos polémicos sobre los diversos saberes que aquí se han venido mencionando.

Haciendo un inventario sobre la filosofía en Colombia, Betancur dice: “En Colombia no ha existido una escuela filosófica y lo que aparece es sólo producto de las circunstancias [...] “Acá no se ha tenido siquiera un positivismo riguroso, una escuela fundamentada en la gran crítica de Kant; para que después de una ardua disciplina se pueda generar la discusión y llegar a la fenomenología de Husserl, al intuitivismo de Bergson”. Sobre el desarrollo colombiano de la psicología hizo la siguiente reflexión: “...aún se confunde el estudio metafísico del alma y el experimental de lo psíquico; el método utilizado es el asociacionismo sin más discusiones y a la vez mezclado con otros métodos; se utilizan teorías como las de Freud y a la vez se juzga irreverentemente a sus antecesores”.

A los que pretendían hacer análisis sociológicos en esa época les dijo: “En la sociología apenas se acercan de una sociología de contenidos y causalista a una sociología formal y descriptiva: el paso de Durkheim a Max Weber es lento y se ignora el trabajo de este último [...] Hay sociólogos que hacen historia, e historiadores que tratan de buscar el devenir de los acontecimientos y cuando se desarrolla su teoría abstracta se pierde lo real y su devenir, en lo abstracto de las leyes. [...] El marxismo se trabaja de manera primitiva, se lee a Marx en el énfasis de lo económico, no se ha podido ir más allá; es un marxismo primitivo”.

Se refirió igualmente a la situación del derecho en Colombia y su concepción positivista; en cuanto a la política como elemento clave de nuestra cultura, dijo: “En política no se corresponden nuestros partidos, no se distingue entre régimen de libertad y régimen de democracia, entre gobierno fuerte y gobierno arbitrario”. Según él, el concepto de democracia en Colombia significaba solamente “el deseo de mantener el orden jurídico” o sea esa visión estrecha motivada simplemente por una “aversión a la arbitrariedad”, aspecto éste que tocaba con la debilidad de nuestra sociedad civil.

Concluía Betancur que en el campo de las artes “se anda en los mismos caminos expuestos, pues si no se ha comprendido una realidad y ni siquiera las ‘muletillas’ teóricas que ayudan a acercarse a ella, menos se llegará a la producción artística o estética que es reflejo de estos componentes”.

Mucha agua ha corrido bajo el puente desde la fecha en que Cayetano Betancur escribió este ensayo y aún muchos de estos problemas están vigentes, aunque hayan sido analizados con otras categorías en ese constante juego entre la desesperanza y la utopía.

LA DEMOCRATIZACION DEL PENSAMIENTO CIENTIFICO

Desde el famoso Manifiesto de Córdoba de 1918, por todos los caminos de nuestra América sonaban los ecos de la invitación a combatir la terca “supervivencia de ese humanismo de sacristía”, como se ha caracterizado el ambiente y mentalidad de nuestra historia cultural, hasta un período muy avanzado del presente siglo. Esto no sólo es válido para el mundo de las letras y de las artes sino también para caracterizar el retraso en la tarea de difundir y estimular la producción científica.

Revista de las Indias tardó un tiempo en asumir la responsabilidad de inducir a un sector de sus colaboradores a preparar el terreno de diseñar una estrategia para democratizar la difusión del conocimiento científico, hasta ese momento relegada a los claustros universitarios que habían empezado a interesarse por la ciencia (algunos de ellos de gran importancia en centros capitales como Bogotá, Medellín, ciudad de México y Buenos Aires). En las páginas de la revista hay una ausencia total sobre temas de desarrollo, ciencia y tecnología a la manera como la intelectualidad de los países más desarrollados lo habían hecho, al promover discusiones sobre el futuro del hombre en una sociedad tecnificada o en vías de tecnificarse. Pensando en este fenómeno se le ocurriría a cualquier investigador de la cultura latinoamericana plantear una pregunta: ¿acaso nuestra intelectualidad se ha negado a pensar y soñar en el futuro?

Entre 1936 y 1945 sólo aparecen dos artículos que hacen referencia al problema de la ciencia: se trata de la traducción del ensayo “La evolución de las ciencias naturales” de De Monzie Anatole (1936) y el artículo “La investigación científica en la formación universitaria” de Pedro Urbano González de la Calle (1945). No sobra recordar que para 1933 en Colombia se había creado la Academia Colombiana de Ciencias, que fue reglamentada por el gobierno de Alfonso López Pumarejo en 1936, siguiendo el modelo de otras que funcionaban en Latinoamérica.

En 1948, la revista empezó a variar su actitud y aceptó la colaboración de un especialista en asuntos científicos: Waldomar Bellon Wiessner (cuyos datos

biográficos no fue posible encontrar). Bajo su autoría empezó a aparecer una sección que llevaba el título de “Ciencias”. Allí se presentaban, con ágil estilo periodístico, reseñas y noticias sobre los principales inventos y acontecimientos científicos del mundo europeo y norteamericano.

La experiencia dejada por la sección “Ciencias” fue prueba irrefutable de la viabilidad de difundir en forma periodística una mentalidad que contribuyera a un mayor acercamiento al interés por la ciencia. Sin embargo, la dispersión y variedad de dichos temas corroboran la ausencia de prioridades en el desarrollo científico, más aún cuando en el plano nacional los hechos se imponían sobre el conocimiento que se tuviera o no de ellos, con situaciones como la presencia de la Fundación Rockefeller, la renovación de la enseñanza de las matemáticas por el profesor Carlo Federici y procesos análogos en los campos de la física y la química y ante todo la influencia definitiva de la tecnología estadounidense sobre la europea. Al respecto de eso expresa Gabriel Poveda Ramos: “Hasta antes de la segunda guerra mundial la enseñanza y el cultivo de las ciencias en Colombia habían estado acentuadamente influidos por los centros culturales y científicos europeos, y muy especialmente por los franceses [...] Pero después de la segunda guerra mundial entraron de lleno a nuestras universidades, nuestros técnicos y científicos las orientaciones estadounidenses marcadas por sus autores, textos, sus manuales y la influencia de sus grandes universidades”. Ninguno de estos asuntos ocuparon la atención de Wiessner, a pesar de que en forma indirecta se pudiera deducir lo que este colaborador de la revista pensaba: ¡el sueño americano se iba haciendo realidad, sin importar el inventario crítico del fenómeno!

En 1951 se cerró el ciclo de vida de la revista, que desde 1936 se había dado a la quiijotesca tarea de recorrer los caminos de nuestra América y de intentar mirar a Europa desde un “americanismo” que aún no se ha puesto de acuerdo sobre su propio significado. De su existencia se puede decir, como lo hace J. E. Jaramillo Zuluaga, recordando un comentario de Cobo Borda sobre la revista *Sur* para aplicarlo a *Eco*, que *Revista de las Indias* también forma parte del extraviado inconsciente de nuestra cultura.